

Graciosa y San Jorge, las Azores secretas

El turismo de aventura y naturaleza descubre dos islas poco conocidas. Aquí compra algas el chef gaditano Ángel León

CARLOS PASCUAL 22 AGO 2016



Cráter volcánico en la isla de San Jorge, en las Azores. / M. ABREU

Aunque pertenecen al llamado grupo central de las Azores, son islas poco frecuentadas por los turistas. Hasta ahora, porque las conexiones van mejorando. A Graciosa la llaman “la isla blanca”, no se sabe muy bien si por la leche y el queso, o por la piedra volcánica que tiene allí ese raro color. San Jorge, la más grande y alargada como una pescadilla, es también la más despoblada y salvaje del archipiélago. Ambas se abren paulatinamente a un turismo de aventura y naturaleza.

Graciosa

Graciosa es muy chica, unos 12 kilómetros de largo, y solo cuenta con cuatro municipios, aunque son muchas las feligresías o aldeas. Tiene mucha historia. Los primeros colonos trajeron unos curiosos molinos con un tejado en forma de caperuza roja, afición al vino, que cuidan en pequeños corraís (corrales) de piedra, y la manía de cazar cachalotes; por aquí faenaron balleneros citados en Moby Dick, y todavía es posible pegar hebra con algún viejo cazador jubilado.



A Graciosa se llega por barco o en avión. Allí aparecen los primeros molinos (reconvertidos en alojamiento rural) y una arquitectura popular tosca y admirable a la

vez. El puerto, aunque parece pequeño, es importante. Preparan y exportan congrio seco, al estilo del bacalao, y sobre todo, últimamente, algas. Es extraordinaria la demanda, tanto por la industria alimentaria como para la cosmética y otros usos (gelatinas, gomas). El “cocinero del mar”, el chef gaditano [Ángel León](#) (dos estrellas Michelin), es uno de los muchos que se abastecen aquí.

A un par de leguas hacia el sur, la Ponta da Restinga, con el islote de Baixo enfrente, es uno de los muchos y espléndidos miradores de Graciosa. Amparado bajo sus acantilados está el Lugar do Carapacho, donde se están renovando unas termas que vivieron días de gloria a principios del siglo XX. Las vistas que tienen los vecinos campistas, por nada de dinero, no las podrían ofrecer los más lujosos hoteles. También la comida casera del bar Dolphin, a base de pescado fresco, es algo fuera de concurso.

Muy cerca está la joya de la isla, la [Caldeira y Furna do Enxofre](#). Es el vientre de un antiguo volcán, hundido en medio de la floresta, con un lago sulfúreo subterráneo. El centro de visitantes es una caja de cristal, respetuosa y rica de explicaciones, unida por una pasarela de madera a la boca de la caldera. A esta se desciende por una escalera de piedra de 183 peldaños. Eso ahora, porque Alberto de Mónaco (no el actual, su bisabuelo) tuvo que bajar por una escala de cuerdas; era un intrépido. El flanco sur de la isla está acorazado por acantilados de vértigo. Porto Afonso y más adelante Ponta da Barca, con un faro impresionante, ofrecen imágenes retorcidas y negruzcas que parecen de otro planeta.



Excursionistas en Santa Cruz, en la isla de Graciosa. / T. STANKIEWICZ

Señales de humo

Santa Cruz es la capital. Se abarca de un vistazo desde el monte de Nuestra Señora da Ajuda, que era el punto vigía para avistar ballenas y hacer señales a los barcos (con humo o con trapos, a falta de móviles). En Santa Cruz hay molinos con caperuza, casas de piedra oscura de los siglos XVIII y XIX, y varias iglesias y “misericordias” (casas de caridad). Y también un museo recién renovado, que cuenta el idilio de esta isla con América. La primera oleada de emigrantes fue a Brasil, en el siglo XIX, luego siguieron otras a América del Norte, cuando algún volcán se había pasado de la raya.

A la isla de [San Jorge](#) hay que llegar en barco (o en helicóptero o avioneta). Pese a ser la más grande de las Azores, es la más salvaje y despoblada, con apenas 10.000 residentes. Los bordes de toda la isla son acantilados a pico, de los cuales se desprendieron, en tiempos remotos, planchas enormes de roca que llaman fajas, que pueden incluso albergar una laguna interior, y cuya plataforma es solar de

algunas aldeas. No hay pueblos en el interior, montañoso y abrupto, convertido en una ristra de reservas forestales y pistas que atraen a senderistas avisados de todo el planeta. Desde esta isla se divisa a la vecina Pico y su volcán empenachado de nubes, a unos 15 kilómetros, separadas ambas islas por el traicionero canal de San Jorge.

Guía

Información

- Turismo de Azores (www.visitazores.com/es). Ofrece en su página web un apartado sobre cómo moverse entre las islas del archipiélago, por ejemplo, en barco.

- Sata (www.sata.pt) ofrece vuelos a Azores y entre las islas.

- Turismo de Portugal (www.visitportugal.com/es).

Sosiego y buenos precios. Es obligada una excursión a la cara norte de la isla, sobre todo al mirador de Norte Pequeno. Desde allí se ciernen en hilera las fajas dos Cubres, do Belo o da Caldeira do Santo Cristo, con sus lagunas, envueltas en espuma y nubes, como monstruos marinos resoplando en la lejanía.

Solo hay dos poblaciones de cierto empaque, Calheta y Velas. A Calheta arriban muchos de los barcos y allí se organizan excursiones marinas para pescar o hacer submarinismo y otros deportes. El bar del puerto es como un salón de estar. Camino de Velas, en Urzelina, un seísmo se tragó la iglesia y perdonó solo a la torre. Velas luce como toda una capital. Varias iglesias, varios "imperios" (capillas del Espíritu Santo, para una curiosa tradición de los barrios ajena al clero), calles empedradas, casas nobles, terrazas...